

NUEVOS TEXTOS DEL MANUAL DE FLORA FANTÁSTICA*

EDUARDO LIZALDE



CICUTA MAYOR

Entre las muchas especies mortales de las umbelíferas venenosas conocidas como cicutas, se cuenta en primer lugar la clasificada por la moderna farmacología como *Conium Maculatum* o *Cicuta Mayor*, con la que seguramente se preparaba en Grecia el brebaje último a los condenados a muerte, que apuró con hiriente humor frente a sus discípulos el patriarca de la filosofía ateniense, y de la nuestra.

A ella se refieren extensamente todos los toxicólogos y estudiosos de la tenebrosa familia alcaloidea, pero me gusta entre otras la descripción que encuentro de la planta famosa hace milenios gracias principalmente al Fedón, en un librito del francés Fernand Moreau (consulto la traducción castellana de Virgilio Ortega). Se la describe allí como "planta muy venenosa, que provoca la parálisis de los nervios motores y del diafragma", y se dice que, gracias a su sencilla constitución química, su principal elemento, la conicina o cicutina, fue el primer alcaloide obtenido modernamente por síntesis, en el laboratorio del doctor Ladenburg (1886).

La Cicuta Mayor es una hierba grande que, como corresponde a su vocación rufianesca, suele crecer entre los escombros y basurales de las zonas urbanas, y aun en los jardines mal cuidados, como dice Moreau, donde es notoria para los enterados, por su olor nauseabundo, su tallo moteado de una tintura vinosa y sus pomas envueltas por costillares salientes y ondulados.

La capacidad tóxica de la cicuta es impresionante, y los técnicos suelen explicarla recordando que una sola gota de agua en que se ha disuelto una mínima proporción, colocada en la córnea de un conejo, será suficiente para producir la muerte del animal en unos cuantos segundos, como produciría la de un hombre en dos o tres horas.

Cuando Sócrates ingirió la cicuta, hace dos mil

* Del libro *Manual de flora fantástica*, de próxima publicación en la editorial Cal y Arena.

trescientos noventa y seis años (en el 400 A.C.), y antes de que la conicina pudiera "sintetizarse" en el laboratorio, los efectos físicos padecidos por el filósofo fueron exactamente los mismos que hoy describen los científicos en cualquier persona intoxicada por la misma sustancia: entumecimiento de las extremidades inferiores, debilidad muscular generalizada, enfriamiento y, finalmente, insensibilidad en el torso.

La muerte de Sócrates, que empinó sin pestañear la copa de cicuta, es como sabemos la primera, la más significativa y la más grande tragedia del heroísmo intelectual de Occidente, y a ella se debe un proceso milenario de toma de conciencia, cuya lección no aprenden bien aún los sectarios, los dictadores y los fanáticos de un mundo que se encuentra al borde del tercer milenio de nuestra era. Por eso, tras la injusta muerte del filósofo, los atenienses retiraron el saludo a sus jueces y alguno de sus cobardes amigos (Cleombrotos) se arrojó al Egeo cuando leyó que Sócrates le había reprochado su ausencia a la hora del suplicio. Los griegos somos hombres —había dicho Sócrates— que en la vida y en la muerte vivimos a la orilla del mar, como las ranas a la orilla del charco.

Pero nada heroica suele ser la muerte de quienes irresponsablemente consumen brebajes de cicuta en los tiempos modernos, porque existen casi tres mil especies de hierbas umbelíferas en el hemisferio septentrional del planeta, y aunque algunas de ellas, como el apio o la zanahoria, no permiten confusión a la cocinera más cándida, no sucede lo mismo con centenares de otras muchas, que crecen en los jardines, la muerte "entre las azucenas escondida", como dice el poema de Enrique González Martínez al que aludíamos en el prólogo.

En el inocente herbolario de la cocina casera, la Cicuta Mayor ha cobrado más anónimas víctimas de las que suponemos, y suelen fallecer sin causa médicamente determinada personas que han bebido por la tarde, supuestamente, un delicioso té de anís o hinojo, que abundan como la cicuta en suelos mexicanos del norte, de la zona central y del sureste de la República.

ALGUIEN CANTA AL FONDO DEL BOSQUE

Olivier Messiaen, el gran compositor desaparecido en 1992, era un adorador del canto de los pájaros, y se sabía de memoria las melodías de más de doscientos trinos, registrados en bosques y jardines, y minuciosamente anotados en sus cuadernos. Todo ese material sonoro de procedencia avícola, y de prodigiosa variedad, sirvió al músico francés para escribir las partituras de su conocido *Catalogue d'oiseaux*, que constan ya en grabaciones del pianista Peter Hill, tanto como las posteriores (1985), preciosas joyas instantáneas de sus *Petites esquisses d'oiseaux*, bocetos, esbozos o apuntes de pájaros, dedicados a su amiga la pianista Yvonne Loriod, que ha grabado también esas obras.

Al enterarme de ese hecho, consignado por todos los estudiosos modernos de Messiaen, sospeché que otras composiciones de su vastísima obra, como alguna titulada *Cantos de la Tierra y del Cielo*, para soprano y conjunto de cuerdas, también se han nutrido con esos libros de gorjeos atesorados por el autor. Coleccionaba trinos de igual modo, para ambientar las frondas orquestales de sus Bosques de Viena, el mismo maestro del vals, Johann Strauss, a quien Wagner tenía por "la cabeza más musical de Europa", ni más ni menos.

La manía de escuchar y llevar a un pentagrama las notas correspondientes al canto de las aves que escuchamos en el jardín puede ser adquirida por un lego, aunque no resulte tan productiva como lo es para los músicos, y por eso, alguna vez, tratando de precisar las notas de cierto pájaro que poderosamente me sorprendía todas las mañanas con una emisión de gran complejidad y belleza, y apuntando con inepto diapasón en mano apenas el pie de lo que oía (do 6 - sol 5 -fa 6), le pregunté a un jardinero que podaba el pasto: ¿Qué pájaro es éste?

—Le llaman Primavera —me respondió el hombre.

Y como la Primavera en verdad, con penetrante y luminoso plectro, como dirían los clásicos, hacía el gran pájaro sonar su milagroso instrumento, jugando con la frase inicial y consumando con frecuencia imaginables y floridas variantes, de verdadero contrateo diociesco.

Ya sabemos que los pájaros son los cantores más antiguos, expertos y admirados del reino animal, y que la raza de Orfeo no hubiera podido sin la emplumada enseñanza de esos volátiles e inocentes atrilistas, forjar los principios de su arte, pero el asunto nos continúa asombrando y hay fabulosas y contradictorias teorías sobre el tema en las sagas milenarias y en los ficcionarios modernos.

Acodados no hace mucho, mi mujer y yo, sobre el barandal de una barcaza que nos conducía sobre las aguas del Danubio en territorio rumano, y en la zona de Tulcea, y en tanto contemplábamos a lo lejos la cerrada

vegetación y abundante fauna acuática y terrestre del río y de sus canales, descubrí junto a nosotros la figura de un extraño personaje barbado que observaba con binoculares la región de las márgenes y hacía apuntes en una gran libreta.

Acomodado junto a él en la parte inferior de la nave, y para descansar durante el almuerzo de los helados vientos que soplaban sobre el mirador, descubrí que el viejo era un sabio ecólogo, que a media lengua hablaba todos los idiomas conocidos y desconocidos, incluidos los de los pájaros. Empezó por decirme que no era rumano, sino turco, pero que tenía cincuenta años estudiando la naturaleza de esa parte del país, y que conocía todas las aguas del Danubio, que no era azul como creía Strauss, sino marrón, y a veces negro o café oscuro.

—Hay toda clase de pájaros aquí, pero no son cantores. Aquí los que cantan son los bosques.

Cometí el error de reírme y bromear un poco ofensivamente, diciéndole que todo el mundo conocía la devoción arbórea de los antiguos pueblos, en la dorada rama de Frazer, y las historias de *Las mil y una noches* sobre "El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro".

El viejo se enojó y me miró severo, masticando su pipa.

—No estoy bromeando —y levantó el dedo para señalar un punto—, ahora que nos acercamos al delta del río, podrá usted comprobarlo. En el centro de ese enorme bosque, cuando la nave se desvía hacia el área de los breñales pantanosos, escuchará usted con toda claridad el canto, que no proviene de los pájaros, que sólo son a veces instrumentos, *medium* de toda esa comunidad de viejos árboles cantores...

No dije más. Llegamos al lugar y el viejo señaló en silencio la boscosa isleta, de la que surgía efectivamente un sinfónico estruendo, que parecía compuesto por los silbidos, cantos y gorjeos de millones de pájaros.

—No son pájaros. No hay pájaros allí —dijo de nuevo. Es el canto del bosque.

SUBMUNDO DE LAS ENANAS

Dice Swift, por boca de Gulliver, y en el capítulo II del primer viaje a Lilliput, que cuando por primera vez logró incorporarse, liberado en parte de las cadenas y cordajes con que lo habían maniatado sus minúsculos captores, pudo echar una primera mirada al paisaje del país, desde su elevada estatura, y descubrir que la ciudad entera era una especie de continuo jardín, con plazas no mayores de cuarenta pies cuadrados de superficie, que parecían grandes lechos floridos y cuyos árboles no alcanzaban tallas mayores de siete pies de altura. Aquello parecía, concluye, "like the painted scene of a city in a theatre".

No sólo eran enanos los habitantes de Lilliput, lo eran también la flora y la fauna, la naturaleza terrestre y acuática del lugar. No era un mundo de enanos, sino un mundo armónicamente enano en su conjunto.

Simplemente, se adelantaba Swift unos dos siglos a los descubridores científicos de los inframundos microscópicos y atómicos de los que ya tienen hoy noticia los escolares del nivel más elemental. Pero Swift, poeta y visionario, iba más lejos que los físicos del siglo XX, como de algún modo lo hizo también ese otro imaginero algo mecánico, H.G. Wells (de quien Borges ha aceptado ser deudor), cuando escribió su cuento *El increíble acelerador* y muchas largas obras narrativas, madres y pioneras de la ciencia y la ficción posteriores.

Ya sabemos hace tiempo que el universo no es redondo, ni cuadrado, ni elíptico. Nos abrumba también que sea infinito hacia arriba y hacia abajo, y que su incomprendible realidad contradictoria (ni comenzó ni tiene fin), consterne y humille los alcances racionales de nuestra humana subjetividad.

Pero ¿de qué manera es infinito bajo nuestros pies y por encima de nosotros?, ¿cuáles formas adoptan en su octava, su dimensión vigésima esos supramundos y submundos?

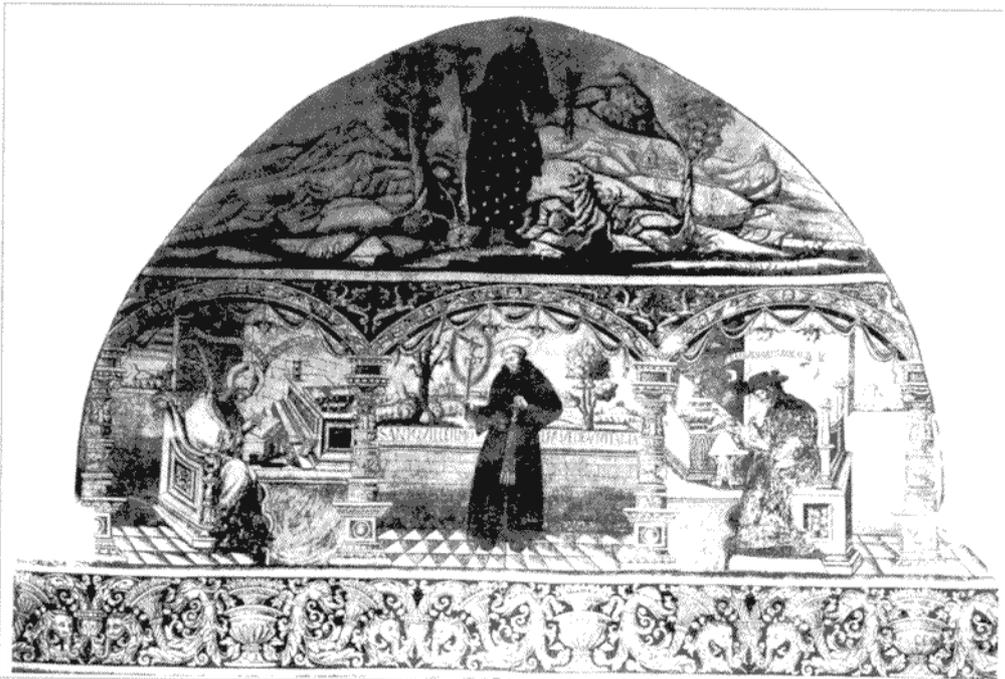
Un Para-paracelso contemporáneo (superior a Pa-

racelso, que ya pretendía ser superior al otro), afirma que ha encontrado la respuesta:

Bajo el mundo microscópico y atómico, vuelve a manifestarse un mundo como el nuestro, en el que viven plantas, animales, y en el que se desenvuelven, matan, angustian y sueñan seres racionales como nosotros. Hay Lilliputs preatómicos; un protón sería una estrella gigante en esa oquedad celeste infinitesimalmente pigmeica.

No hay otro mundo enano bajo el nuestro, sino infinitos mundos similares al nuestro en el cuerpo de cada persona particular, como infinitos mundos exclusivamente zoológicos en el cuerpo de cada bestia. De igual modo, en los particulares cuerpos vivos de esos submundos, alientan invisibles otros innumerables universos, conformados por átomos enanos y regidos acaso, tal vez creados cada uno de ellos, por también singulares y exclusivos dioses enanos.

Así, cuando se creman, en vez de sepultarse como Dios manda, los restos de un difunto (hoy se acostumbra hacerlo por comodidad y falta de espacio en los panteones de las grandes urbes), se extinguen con el cadáver millones de millones de universos enanos, de incognoscibles culturas y sociedades, tal vez muy superiores a las nuestras. ▀



Monasterio de Actopan: San Nicolás de Tolentino (registro superior); Egidio Romano (registro inferior, a la derecha); San Guillermo (en el centro); Fray Buenaventura (izquierda).